EPISODIO

I

Hacía yo en Nápoles casi la misma vida contemplativa que en Roma en casa del anciano pintor en la plaza de España, sólo que en lugar de pasar mis días vagando por entre los restos de la antigüedad, los pasaba vagando por las orillas ó sobre las olas del golfo de Nápoles. Por la noche me volvía al antiguo convento, donde gracias á la hospitalidad del pariente de mi madre, habitaba una celdita en el último piso del edificio, y cuyo balcón, lleno de macetas de flores y de enredaderas, daba vista al mar, al Vesubio, á Castellamare y á Sorrento.

Cuando el horizonte de la mañana estaba limpio y despejado veía brillar la casa blanca

del Tasso, suspendida como un nido de cisne en la cima de una roca amarilla batida por las olas. Esta vista me encantaba. La luz de aquella casa iluminaba hasta el fondo de mi alma. Era como un rayo de gloria que brillaba desde lejos en medio de mi juventud y mi oscuridad. Acordábame de la escena homérica de la vida de aquel grande hombre cuando salido de la prisión, perseguido por la envidia de los pequeños y por la calumnia de los grandes, escarnecido hasta en su genio, su única riqueza, vuelve á Sorrento á buscar un poco de reposo, de ternura ó de piedad, y disfrazado de mendigo se presenta á su hermana para tentar su corazón y ver si ella á lo menos reconoce al que tanto ha amado.

« Ella le reconoce al punto, dice el biógrafo ingenuamente, á pesar de su palidez enfermiza, de su barba canosa y de su capa rota. Se arroja en sus brazos con más ternura y misericordia que si hubiera visto á su hermano engalanado con los dorados uniformes de los cortesanos de Ferrara. Largo tiempo ahogan su voz los sollozos; estrecha á su hermano contra su corazón;

le lava los piés y le prepara una comida de fiesta; pero ni uno ni otro pudieron tocar á las viandas que se les sirvieron, tan llenos de lágrimas estaban sus corazones, y pasaron el día llorando sin decirse nada, mirando al mar y acordándose de su infancia. »

II

Un día, era á principios del estío, en ese momento en que el golfo de Nápoles, bordado con sus colinas, con sus casas blancas y sus rocas tapizadas de vides trepadoras, y ciñendo su mar, más azul que su cielo, se asemeja á una copa antigua que blanquea de espuma, y cuyas asas y bordes festonean la hiedra y el pámpano; era la estación en que los pescadores del Pausilippo, que suspenden sus cabañas en sus rocas y extienden sus redes sobre las playas de arena fina, se alejan de la tierra con confianza y van á pescar por la noche á dos ó tres leguas en el mar hasta las costas de Capri, de

Prócida, de Ischia y en medio del golfo de Gaeta.

Algunos llevan teas de resina que encienden para engañar al pescado. Éste sube á la luz creyendo que es el crepúsculo del día. Un muchacho inclinado sobre la proa del barco aproxima la antorcha á las olas, mientras el pescador, clavando su vista en el fondo del agua, procura distinguir su presa y envolverla en sus redes. Aquellos fuegos, rojos como los de un horno, se reflejan en largos surcos ondulantes sobre la superficie del mar, como los largos rastros de luces que proyecta en ella el globo de la luna. El movimiento de las olas los hace oscilar y prolongar su vislumbre de ola en ola, tan lejos que la primera la refleja en las que la siguen.

III

Mi amigo y yo pasábamos muchas veces horas enteras sentados sobre un escollo ó sobre las ruinas húmedas del palacio de la reina *Juana,*

mirando aquellas luces fantásticas, y envidiando la vida vagabunda é indiferente de aquellos pobres pescadores.

Algunos meses de estancia en Nápoles, el trato frecuente de los hombres del pueblo durante nuestras excursiones diarias al campo y al mar, nos habían familiarizado con su lengua acentuada y sonora, en que el gesto y la mirada tienen más parte que la palabra. Filósofos por presentimiento, y cansados de las agitaciones vanas de la vida antes de haberlas conocido, envidiábamos muchas veces á esos felices *lazzaroni* que llenaban entonces la playa y los muelles de Nápoles, que pasaban sus días á la sombra de sus barquichuelos sobre la arena, oyendo los versos improvisados de sus poetas ambulantes y bailando la *tarantela* con las muchachas de su casta por las noches debajo de algún emparrado á orillas del mar. Conocíamos sus hábitos, su carácter y sus costumbres mucho mejor que los del mundo elegante adonde no íbamos jamás. Esta vida nos agradaba, y adormecía en nosotros esos movimientos febriles del alma que gastan inútilmente la imaginación de los jóvenes antes de la hora en que su destino los llame á obrar ó á pensar.

Mi amigo tenía veinte años y yo diez y ocho; nos hallábamos, pues, los dos en esa edad en que es permitido confundir los sueños con las realidades. Resolvimos trabar conocimiento con aquellos pescadores y embarcarnos con ellos para hacer por algunos días el mismo género de vida. Aquellas noches templadas y luminosas, pasadas debajo de la vela en aquel lecho de ondulantes olas y bajo el cielo profundo y estrellado, nos parecía una de las voluptuosidades más misteriosas de la naturaleza, que era preciso sorprender y conocer, aunque no fuese mas que para contarla.

Libres y sin tener que dar cuenta á nadie de nuestras acciones ni de nuestras ausencias, al día siguiente ejecutamos lo que habíamos pensado. Recorriendo la playa de la *Margellina*, que se extiende bajo el sepulcro de Virgilio al pié del monte Pausilippo, y donde los pescadores de Nápoles sacan sus barcas sobre la arena y re-

miendan sus aparejos y sus redes, vimos á un anciano todavía robusto. Estaba embarcando sus utensilios de pesca en un caique pintado de colores brillantes y sobre cuya popa había esculpida una imagen de San Francisco. Un muchacho de doce años, su único remero, llevaba en aquel momento á la barca dos panes, un queso de búfalo, duro, reluciente y dorado como las conchas de la playa, algunos higos y un cántaro que contenía agua.

La figura del viejo y la del niño nos llamaron la atención, y desde luego entablamos conversación con ellos. El pescador se echó á reir cuando le propusimos que nos recibiera por remeros y nos llevara consigo al mar.

— Ustedes no tienen las manos callosas que se necesitan para manejar el remo, nos dijo; sus manos blancas están hechas para tocar plumas y no madera, y sería lástima que las encallecieran en el mar.

— Somos jóvenes, respondió mi amigo, y queremos ensayar todos los oficios antes de escoger

uno. El de usted nos agrada porque se hace sobre el mar y debajo del cielo.

— Tiene usted razón, contestó el barquero. Es un oficio que deja contento el corazón y el espíritu confiado en la protección de los santos. El pescador está bajo la guarda inmediata del cielo. El hombre no sabe de donde vienen el viento y la ola. El cepillo y la lima están en la mano del obrero; la riqueza y el favor están en la mano del rey; pero la barca está en las manos de Dios.

Esta piadosa filosofía del barquero nos afirmó más en la idea de embarcarnos con él. Después de una prolongada resistencia consintió en ello y convinimos en darle cada uno dos *carlinos* al día para pagarle nuestro aprendizaje y alimento. Hecho esto convenio, envió al muchacho á buscar á la *Margellina* más provisiones de pan, vino queso y fruta. Al caer el día le ayudamos á poner su barca á flote, y partimos.

IV

La primera noche fué deliciosa, el mar estaba tranquilo como un lago encajonado en las montañas de la Suiza. Á medida que nos alejábamos de la orilla, veíamos las lenguas de fuego de las ventanas del palacio y de los muelles de Nápoles sepultarse bajo la línea sombría del horizonte. Solamente los faros nos mostraban la costa y palidecían ante la ligera columna de fuego que surgía del cráter del Vesubio. Mientras el pescador echaba y sacaba la red, y el niño medio dormido dejaba vacilar su antorcha, dábamos nosotros de tiempo en tiempo un ligero impulso á la barca, y escuchábamos con entusiasmo caer armoniosamente en el mar, como perlas en un estanque de plata las gotas sonoras del agua que excurrian de nuestros remos.

Largo rato hacía que habíamos doblado la punta del Pausilippo, atravesando el golfo de Puzzoles, el de Bayas y salvado el canal del golfo

de Gaeta entre el cabo Miseno y la isla de Prócida. Estábamos en alta mar y el sueño se iba apoderando de nosotros; nos acostamos debajo de nuestros bancos al lado del niño.

El pescador extendió sobre nosotros la pesada vela arrollada en el fondo de la barca, y de esta suerte nos dormimos entre dos olas, mecidos por el balance insensible de un mar que apenas hacía inclinar el mástil. Cuando despertamos era ya bien de día.

Un sol resplandeciente anubarraba el mar con cintas de fuego y reverberaba sobre las blancas casas de una costa desconocida. Una brisa ligera que venía de aquella tierra hacía palpitar la vela sobre nuestras cabezas y nos impelía de ensenada en ensenada y de roca en roca. Aquella era la costa escarpada y puntiaguda de la encantadora isla de Ischia, que tanto debía yo habitar y amar más adelante. Aparecíaseme por primera vez nadando en la luz, saliendo del mar, perdiéndose en el azul del cielo y nacida como de un ensueño de poeta durante el ligero sueño de una noche de verano...

V

La isla de Ischia, que separa el golfo de Gaeta de el de Nápoles y está separada á su vez de la isla de Prócida por un estrecho canal, no es más que una sola montaña cortada á pico, cuya blanca cima parece esconderse en el cielo. Sus flancos escarpados, cortados por valles, barrancos y lechos de torrentes, están revestidos de arriba abajo de castaños de un verde sombrío. Sobre sus mesetas más próximas al mar é inclinadas sobre las olas, descuellan cabañas, *villas* rústicas y pueblecillos medio ocultos entre las vides. Cada uno de estos pueblos tiene su *marina*. Así se llama el puerto donde flotan las barcas de los pescadores de la isla y donde se balancean algunos mástiles de barcos de vela latina. Las vergas tocan los árboles y las viñas de la costa.

No hay una de esas casas suspendida en las vertientes de la montaña, oculta en el fondo de los barrancos ó descollando sobre una de las mesetas,

proyectada sobre una de sus cepas, recostada sobre los castaños, sombreada por su grupo de pinos, rodeada de sus arcos blancos y festoneada por sus emparrados, que no fuese en sueños la morada ideal de un poeta ó de un amante.

Nuestros ojos no se cansaban de aquel espectáculo. La costa abundaba en pescado. El viejo barquero había tenido buena noche. Arribamos á una de las pequeñas ensenadas de la isla para sacar agua de una fuente vecina y descansar sobre las rocas. Al ponerse el sol nos volvimos á Nápoles recostados sobre nuestros bancos de remeros. Una vela cuadrada atravesada en un pequeño mástil sobre la proa, cuya escota sostenía el niño, bastaba para hacernos costear la isla de Prócida y el cabo Miseno, y para levantar espuma en la superficie del mar debajo de nuestro esquife.

El anciano pescador y el niño, ayudados por nosotros, sacaron su barco á la arena y llevaron los cestos de pescado á la cueva de la casita que habitaban debajo de las rocas de la *Margellina*.

VI

En los dias siguientes continuamos alegremente nuestro nuevo oficio, recorrimos sucesivamente todas las aguas del mar de Nápoles, y de este modo visitamos la isla de Capri, de donde la imaginación rechaza todavía la sombra siniestra de Tiberio; Cumas y sus templos, sepultados bajo los espesos laureles y bajo las higueras salvajes; Bayas y sus tristes plazas, que parecen haber envejecido y blanqueado como aquellos romanos, cuya juventud y cuyas delicias abrigaban en otro tiempo; Pórtici y Pompeya, risueñas debajo de la lava y de la ceniza del Vesubio; Castellamare, cuyos altos y negros bosques de laureles y de castaños salvajes, reproduciéndose en el mar, tiñen de verde sombrío las olas siempre murmurantes de la rada. El viejo barquero conocía en todas partes alguna familia de pescadores como él, en cuya casa recibíamos la hospitalidad cuando el mar estaba picado y nos impedía volver á Nápoles.

Durante dos meses no entramos en una posada y vivíamos al aire libre con el pueblo. Nos habíamos hecho pueblo nosotros mismos para estar más cerca de la naturaleza. Teníamos casi su vestido. Hablábamos su lengua, y la sencillez de sus costumbres nos comunicaba, por decirlo así, la naturalidad de sus sentimientos.

Esta trasformación, por otra parte, nos costaba poco á mi amigo y á mí. Educados los dos en el campo durante las borrascas de la revolución, qne había destruido ó dispersado nuestras familias, habíamos participado mucho en nuestra infancia de la vida del campesino : él, en las montañas del Grésivaudan, en casa de una nodriza que le había recogido durante la prisión de su madre; yo, sobre las colinas del Maconesado en la casita rústica donde mi padre y mi madre habían escondido su nido amenazado. Entre el pastor ó el labrador de nuestras montañas y el pescador de Nápoles no hay más diferencia que el sitio, la lengua y el oficio. El surco ú ola inspiran los mismos pensamientos á los hombres que trabajan la tierra ó el agua. La naturaleza habla la

misma lengua á los que cohabitan con ella en la montaña ó sobre el mar.

Así lo experimentábamos nosotros. En medio de aquellos hombres sencillos no nos hallábamos fuera de nuestro centro. Los mismos instintos son una especie de parentesco entre los hombres. La monotonía misma de aquella vida nos agradaba adormeciéndonos. Veíamos con dolor avanzar el fin del estío, y aproximarse esos días de otoño y de invierno en que sería preciso volver á nuestra patria. Nuestras familias inquietas comenzaban á llamarnos; pero nosotros alejábamos cuanto podíamos esa idea de partida y nos complacíamos en figurarnos que aquella vida no tendría fin.

VII

Entre tanto comenzaba Setiembre con sus lluvias y sus truenos. El mar estaba menos tranquilo. Nuestro oficio, más penoso, se hacía algunas veces también peligroso. Las brisas refrescaban, y la ola espumosa nos mojaba frecuente-

mente con su rocío. En el muelle habíamos comprado dos capotes de lana burda como los que los marineros y los *lazzaroni* de Nápoles usan durante el invierno. Las anchas mangas de estos capotes cuelgan al lado de los brazos desnudos. La capucha, flotando sobre la espalda ó echada sobre la frente, según el tiempo, preserva la cabeza del marinero de la lluvia y el frío, ó deja que la brisa y los rayos del sol jueguen con sus cabellos mojados.

Un día partimos de la *Margellina* sobre un mar de aceite que no rizaba ningún soplo, para ir á pescar salmonetes y los primeros atunes en la costa de Cumas, adonde las corrientes los arrojan en aquella estación. Las nieblas rojizas de la mañana flotaban á media costa y anunciaban huracán para la tarde. Esperábamos evitarlo y tener tiempo para doblar el cabo Miseno antes que se levantára el mar pesado y dormido.

La pesca era abundante; quisimos echar algunas redadas más. El viento nos sorprendió; cayó de la cumbre del *Epomeo*, inmensa montaña que

domina á Ischia, con el ruido y el peso que la misma montaña hubiera producido al desplomarse en el mar. Primero aplanó todo el espacio líquido que nos rodeaba, como el rastrillo de hierro allana la tierra y nivela los surcos. Después la ola, vuelta de repente, se hinchó murmurante y hueca, y se levantó en pocos minutos á tal altura, que de tiempo en tiempo nos ocultaba la costa y las islas.

Estábamos igualmente lejos de la costa firme y de Ischia, y casi en medio del canal que separa el cabo Miseno de la isla griega de Prócida. No nos quedaba más que un partido; seguir resueltamente por el canal, y si lográbamos atravesarlo, echarnos á la izquierda en el golfo de Bayas y abrigarnos en sus aguas tranquilas...

El viejo pescador no vaciló. Desde la cima de una ola, donde el equilibrio de la barca nos suspendió por un momento en un torbellino de espuma, echó una mirada rápida en torno suyo, como un hombre extraviado que trepa sobre un árbol para buscar su camino, y précipitándose después sobre el timón :

— Á vuestros remos, hijos mios, exclamó; es preciso que boguemos hasta ganar el cabo con más viveza que el viento, porque si se nos adelanta somos perdidos.

Obedecimos, como el cuerpo obedece al instinto.

Clavados los ojos en los suyos para buscar en ellos el rápido indicio de su dirección nos inclinamos sobre nuestros remos, y tan pronto subiendo penosamente el flanco de las olas empinadas, como precipitándonos con su espuma al fondo de las olas que bajaban, procurábamos suavizar nuestra caída con la resistencia de nuestros remos en el agua. Ocho ó diez olas, cada vez más enormes, nos lanzaron á lo más estrecho del canal; pero el viento se nos había adelantado, como había dicho el piloto, y colándose entre el cabo y la punta de la isla había adquirido tal fuerza, que levantaba el mar con los borbotones de una lava furiosa, y no encontrando la ola bastante espacio para huir con la prontitud necesaria ante el huracán que la empujaba, se remolinaba en sí misma, volvía á caer, corría y se esparcía en todos sentidos como un mar loco, y queriendo

huir sin poder escaparse del canal, chocaba con golpes terribles contra las rocas del cabo Miseno y levantaba allí una columna de espuma cuyo rocío llegaba hasta nosotros.

VIII

Tratar de franquear aquel canal con una barca tan frágil y que una sola oleada podía llenar y sepultar, era insensato. El pescador lanzó sobre el cabo alumbrado por su columna de espuma una mirada que no olvidaré jamás, y haciendo después la señal de la cruz, exclamó :

— Pasar es imposible; retroceder hácia el mar, lo es mucho más. No nos queda más que un partido : arribar á Prócida ó perecer.

Aunque novicios en el ejercicio del mar, conocíamos la dificultad de semejante maniobra. Dirigiéndonos hácia el cabo, el viento nos cogía por la popa, nos echaba adelante, seguíamos al mar que huía con nosotros, y las olas, levantándose sobre sus cimas, nos arrastraban consigo. Así,

pues, había ménos probabilidad de que nos sepultaran en los abismos que abrían; pero para arribar á Prócida, cuyas luces nocturnas empezaban á brillar á nuestra derecha, era preciso hender oblicuamente las aguas y deslizarnos, por decirlo así, en sus descensos hácia la costa, presentando el flanco á la ola, y los delgados bordes de la barca al viento. Sin embargo la necesidad no nos permitía la vacilación. El pescador, haciendo señas para que levantáramos nuestros remos, aprovechó el intervalo de una á otra ola para virar de bordo. Dirigimos la proa hácia Prócida, y bogamos como una mata de yerba marina que una ola arroja á la otra ola.

IX

Avanzábamos poco; la noche había tendido su negro manto. El rocío, la espuma, las nubes que el viento arrastraba hechas jirones sobre el canal redoblaban la oscuridad. El viejo había mandado al muchacho que encendiera una de sus antorchas

30404

de resina, bien fuese para alumbrar un poco su maniobra en las profundidades del mar, bien para indicar á los marineros de Prócida que una barca zozobraba en el canal y pedirles, no su socorro, sino sus oraciones.

Espectáculo sublime y siniestro era el que ofrecía aquel pobre niño agarrado con una mano al pequeño mástil clavado en la proa, y con la otra levantando por encima de su cabeza aquella antorcha de fuego rojo, cuya llama y humo se retorcían bajo el impulso del viento y le quemaban los dedos y los cabellos. Aquella centella flotante apareciendo por encima de las olas y desapareciendo en su profundidad, siempre dispuesta á apagarse y siempre encendida de nuevo, era como el símbolo de aquellas cuatro vidas de hombres que luchaban entre la salvación y la muerte en medio de la oscuridad y las angustias de aquella noche.

X

Así trascurrieron tres horas, cuyos minutos tienen la duración de los pensamientos que los miden. Apareció la luna, y según costumbre, el viento se levantó con ella más furioso. Si hubiéramos tenido una vela, por pequeña que fuera, nos hubiera hecho zozobrar veinte veces. Aunque los bordes muy bajos de la barca ofrecían poco flanco al huracán, había momentos en que parecía desarraigar nuestra quilla de las olas y nos hacía girar como una hoja seca arrancada del árbol.

Hacíamos mucha agua y nuestras manos no eran bastantes á vaciarla con la prontitud con que nos invadía. Había momentos en que sentíamos hundirse las tablas debajo de nosotros como un féretro que baja á la huesa. El peso del agua hacía á la barca menos obediente y podía hacerla más pesada en levantarse una vez entre dos olas. Un solo segundo que hubiéramos perdido habría sido suficiente para consumar la catástrofe.

El anciano, sin poder hablar, nos hizo señas con las lágrimas en los ojos de que arrojáramos al mar todo cuanto había en el fondo de la barca. Las pipas de agua, las cestas de pescado, las dos velas, el ancla, los cables, hasta sus paquetes de ropa y aun nuestros capotes empapados en agua, todo fué á parar al mar. El pobre marinero contempló un momento sobrenadar toda su riqueza. La barca se levantó y corrió ligera sobre la cresta de las olas como un corcel aligerado.

Entramos insensiblemente en un mar más tranquilo, algo abrigado por la punta occidental de Prócida. El viento amainó, la llama de la antorcha se enderezó, la luna abrió un gran agujero azul entre las nubes; las olas, alargándose, se aplanaron y cesaron de arrojar espuma sobre nuestras cabezas. Poco á poco se hacían más ligeras las olas del mar como en una dársena casi tranquila, y la sombra negra de la costa de Prócida nos cortó la línea del horizonte. Estábamos en las aguas del centro de la isla.

XI

El mar estaba demasiado bravío en la punta para intentar entrar en el puerto. Era preciso resolvernos á abordar la isla por sus flancos y en medio de los escollos. « No hay ya que temer, hijos míos, dijo el pescador, reconociendo la playa á la claridad de la antorcha; la Madona nos ha salvado. Ahí tenemos ya la tierra, y esta noche nos acostarémos en mi casa. » Creímos que había perdido la cabeza, porque no sabíamos que tuviese otra casa que su oscura bodega de la *Margellina*, y para volver allá antes de la noche era preciso arriesgarse en el canal, doblar el cabo y arrostrar de nuevo el mar bravío de que acabábamos de escapar; mas él se sonreía al ver nuestro aire de asombro, y comprendiendo nuestros pensamientos en nuestros ojos, replicó : « Señores, no hay que tener cuidado; allá llegaremos sin que una sola ola nos moje. » En seguida nos explicó que era de Prócida; que poseía aún en aquella

costa de la isla la cabaña y el jardín de su padre, y que en aquel mismo instante, su mujer, anciana como él, con su nieta hermana de Beppino, nuestro joven grumete, y otros dos nietecillos, estaban en su casa para secar los higos y vendimiar las parras, cuyos racimos vendían en Nápoles. « Unas cuantas remadas, añadió, y beberemos agua de la fuente, que es más clara que el vino de Ischia. »

Estas palabras nos devolvieron el valor y remamos todavía, por espacio de cerca de una legua, á lo largo de la costa recta y espumosa de Prócida. De vez en cuando el niño levantaba y sacudía su antorcha, la cual arrojaba su luz siniestra sobre las rocas y nos mostraba por todas partes una muralla inaccesible. En fin, al volver una punta de granito que avanzaba en forma de bastión sobre el mar, vimos la costa más baja y abrirse un poco como una brecha en un muro de recinto; un movimiento de timón nos hizo virar en derechura de la costa; tres olas últimas arrojaron nuestra estropeada barquilla entre dos escollos donde hervía la espuma sobre un bajío.

XII

Al tocar la proa en la peña produjo un sonido seco como el crujido de una tabla que cae en falso y se rompe. Saltamos á la playa y amarramos lo mejor que pudimos la barca con un cabo y seguimos al viejo y al niño que marchaban delante de nosotros.

Subimos por el flanco de la costa una especie de rambla estrecha donde el pico había abierto escalones desiguales sumamente resbaladizos con el rocío del mar. Esta escalera de piedra viva, que algunas veces fallaba debajo de los piés, era reemplazada por algunos escalones artificiales, que habían formado clavando largas vigas en los agujeros de la muralla, y arrojando sobre este piso inseguro tablas embreadas de barcas viejas ó haces de ramas de castaños guarnecidas de sus hojas secas.

Después de haber subido así lentamente unos cuatrocientos ó quinientos escalones nos hallamos